

filósofo sabio, mas ántes todos conocieron la vanidad della, como se ve por Tulio en el libro de la Naturaleza de los Dioses; donde condena la superstición de aquellos que ponian en los dioses, machos, y hembras, y casamientos, y partos, y generaciones, y todas las flaquezas que vemos en las cosas humanas.

De la secta de los moros, ya dijimos (f) cómo los principales filósofos que en ella hubo (que fueron Avicena y Averrois) condenan á Mahoma en el principal artículo en que se funda toda la órden de la vida humana, que es el último fin del hombre. Mas dirá alguno: Los judíos tienen tambien sus rabinos y doctores que defienden su secta y interpretan la Escritura, y compusieron el Talmud, que es entre ellos como el derecho canónico entre nosotros. Desta escriptura suya tratarémos adelante, donde verá el cristiano lector tantos y tan grandes disparates, tantas mentiras y deshonestidades, tantas fábulas y patrañas, que sin dubda quedará atónito y como fuera de sí, de ver cómo pudo haber hombres en el mundo que tales cosas escribiesen, y otros tan ciegos que las creyesen. Mas la fuerza de la pasión, y la potencia del demonio, y la ceguedad y malicia del pecado mucho pueden con los tales.

CAPITULO XVI.

Preámbulo para tratar del testimonio que nuestra fe tiene con la sangre de los santos mártires, donde se declara cuán gloriosa cosa sea padecer martirio por Dios.

Después del testimonio de los santos doctores, síguese el de los mártires, los cuales no solo con palabras sino tambien con obras y con su sangre testificaron la verdad de nuestra fe, dejándose hacer pedazos por la confesion della. Por lo cual se llaman mártires, que quiere decir testigos; porque desta manera dieron testimonio de la fe que profesaban.

No me atreveré á tratar desta materia sin pedir primero el favor y socorro del Espíritu Sancto, para que él, que les dió fortaleza para vencer tan grandes batallas, me dé palabras con que pueda referir alguna pequeña parte dellas. Y confieso que ninguna otra materia trato con mas gusto y voluntad, y ninguna mas recelo tratar, por entender cuán bajo ha de quedar todo lo que en esta parte se dijere, en comparacion de lo que la dignidad della requiere. Porque ¿qué palabras bastarán para explicar batallas que fueron un espectáculo y materia de admiracion á los ángeles, á los hombres, á los demonios, y á los mismos tirannos y verdugos que martirizaban los santos? Mas por otra parte la gloria destes fuertes guerreros no nos consiente cerrar la boca para sus alabanzas. Porque pues á los coronistas extraños (como dice Eusebio) está bien que recuenten las batallas, las victorias, los arcos triunfales, y canten las fuertes hazañas de los cónsules y magistrados, las matanzas de los enemigos y de sus ciudadanos, y pinten en sus historias la turbacion de la patria, los llantos de las mujeres, y la horfandad de los hijos, justo es que en esta obra (que trata de las cosas que pertenecen á Dios) contemos las luchas que la carne por la salud del ánima ha peleado, y la guerra con que varonilmente conquistó la ciudad celestial, y publiquemos las batallas que venturosamente acabó por la virtud de la fe; en las cuales no se armó contra mortales caballeros, sino contra los demonios espirituales; no por las posesiones de la tierra ni seño-

(f) Cap. 8.

rio de las provincias, sino por el reino de los cielos y heredad del paraíso; no para señorear temporalmente, sino para recibir eterna corona en servicio del Rey inmortal y Dios de todas las gentes.

Ni carece esta materia de notable fruto para las ánimas; porque por aquí se confirma nuestra fe, por aquí se enciende nuestra caridad, por aquí se conoce el poder de la divina gracia que tal fortaleza puso en carne tan flaca. Por aquí se esfuerza nuestra paciencia, y se alivian nuestros trabajos, y se despierta nuestra devocion, y se condena el regalo de nuestra carne, y se avergüenza nuestra flojedad y tibieza, pues es tan poco lo que hacemos por el reino del cielo, viendo lo mucho que estos fuertes caballeros padecieron por él. Y por aquí finalmente queda sin excusa nuestra negligencia, viendo lo que el hombre podría con la gracia que á nadie se niega. Esta es una grande gloria que tiene la Iglesia, que es haber sido fundada con la sangre de santos mártires.

Tambien tengo de pedir al cristiano lector que no me tenga por prolijo ó importuno, si en estos libros tratare muchas veces desta materia, y me extendiere en ella; porque ella es tan dulce, tan provechosa y tan copiosa, que por mucho que se escriba, ni al escriptor faltarán batallas nuevas que escribir, ni al lector cosas con que se pueda edificar, y de que se deba maravillar. Porque si se despueblan las casas y las ciudades para ver lidiar los hombres con un toro, ¿cuánto mas glorioso espectáculo será ver pelear una doncella de trece años con todo el poder del mundo y del infierno, y salir desta batalla vencedora, sin que todas las promesas, y amenazas, y tormentos de los tirannos pudiesen hacer mella en su fe y honestidad?

Mas ántes que entre en esta materia, me será necesario advertir al lector de algunas cosas, para que saque mas fruto desta lectura. Y primeramente, porque no es de todos saber estimar la dignidad y alteza de las cosas espirituales, cuando á los ojos de carne parecen abatidas y amenguadas; trataré en breve de la dignidad y gloria que está encubierta debajo de aquella ignominia que por defuera en los mártires parecia. Lo cual tambien vemos en las ignominias de la cabeza de los mismos mártires, que es Cristo nuestro Salvador. Pórrque ¿qué cosa mas abatida que el pesebre de Cristo, que es lugar propio de bestias, y la Cruz, que era lugar de malhechores? Mas ¿qué lengua podrá explicar la hermosura, las riquezas, las gracias, los tesoros y la gloria que está escondida debajo de esa tan humilde figura? Pues con los ojos que miramos las ignominias de la cabeza, habemos de mirar las de sus preciosos miembros, los cuales en su grado participan, así la virtud, como la gloria y hermosura de su cabeza. La causa desta gloria es la dignidad y excelencia de la virtud, la cual (como dijo Platon) es de inestimable hermosura. Y como la virtud de la fortaleza y paciencia en casos de muerte sea la mas fina y mas probada, como el Apóstol dice (a), de aquí es, que á los que tienen ojos y juicio para saber mirar y estimar la dignidad y precio de las cosas, ninguna hay que les parezca mas gloriosa, ni mas hermosa, ni mas digna de ser estimada; y esto de tal manera, que cuanto la deshonor, y abatimiento y la lucha es mayor, tanto lo es la admiracion y estima desta virtud.

Pues porque el piadoso lector tenga ojos para conocer la hermosura que está encubierta en los abatimientos,

(a) Rom. 5.

cárceles y prisiones de los santos mártires, pondré aquí algunos pedazos de las cartas que el sancto mártir Cipriano les escribia, ó cuando estaban presos en las cárceles, esperando la corona, ó cuando habian estado constantes y esforzados para recibirla. Pues en una destas cartas, esforzando á unos santos obispos, y sacerdotes, y otros muchos que estaban presos en la cárcel y en las minas de metales, por la confesion de la fe, dice así.

§. I.

De la carta, y exhortaciones de Sant Cipriano, á los gloriosos mártires que padecian por la fe.

La grandeza de vuestra gloria (b), beatísimos y amantísimos hermanos, me obliga á ir á visitaros, y abrazar esos sagrados miembros, si no me impidiera el destierro que yo tambien padezco por la confesion del nombre de nuestro Salvador. Mas en la manera que me es posible me presento á vosotros, y vengo con el espíritu y con el amor, adonde con el cuerpo no puedo ir; declarando en estas letras mi ánimo, y el alegría que recibo con vuestras virtudes y alabanzas, teniéndome por participante de vuestras coronas, si no con la pasión del cuerpo, á lo ménos con la compañía de la caridad. Porque ¿cómo puedo yo callar, oyendo de mis carísimos hermanos tantas y tan gloriosas virtudes, con las cuales la divina bondad os ha honrado de tal manera, que parte ya de vosotros acabó su martirio, y recibió del Señor la corona; y parte está en la cárcel, ó en las minas de metales, presa con hierros, dando con esta dilacion de los tormentos, ejemplo y esfuerzo á los hermanos? Mas vuestros títulos y méritos crecen con la dilacion de las penas, para alcanzar en el cielo tan grandes premios, cuantos dias agora se cuentan en los tormentos. Y no dubdo que vuestra religiosa vida mereciese que el Señor os levantase á tan alta y gloriosa cumbre de honra; porque siempre florecistes en la Iglesia, guardando la fe y los mandamientos del Señor, conservando la inocencia con la simplicidad, y la concordia con la caridad, y la modestia con la humildad, y la diligencia en vuestro ministerio, y la vigilancia en ayudar á los que trabajan, y la misericordia en recrear los pobres, y la constancia en defension de la verdad, y la severidad en el castigo de la disciplina. Y porque ninguna cosa faltase para el ejemplo de las buenas obras, agora esforzais los corazones de los hermanos á padecer martirio con la confesion de vuestra fe, y con la pasión de vuestro cuerpo, haciéndoos guias y capitanes de la virtud, para que siguiendo la grey á sus pastores, trabaje por imitar lo que ve en ellos, y así sean con iguales servicios y méritos coronados. Y haber comenzado vuestra confesion con crueles azotes de varas, no conviene extrañar este linaje de tormento; porque no es razon que el cuerpo del cristiano tema las varas, pues tiene toda su esperanza en el sancto madero. Aquí el siervo de Cristo reconocerá el sacramento de su salud, porque por medio del madero fué redemido para la vida eterna, y por el madero agora se dispone para la corona. Y ¿qué maravilla es, que siendo vosotros vasos escogidos de oro y de plata, estéis condenados á las minas de metales, sino que agora se ha mudado la naturaleza de las cosas, pues los lugares que solian dar estos metales, agora los reciben con vosotros? Aquí tambien prendieron vuestros

(b) Lib. 5. epist. 25.

piés con cadenas, y ataron con prisiones infames los miembros dichosos y templos de Dios, como si con el cuerpo se pudiese prender el espíritu, ó vuestro oro precioso se pudiese inficionar con el tocamiento del hierro. Para los hombres consagrados á Dios, y que con religiosa virtud testifican su fe, no son estas prisiones sino ornamentos; ni atan los piés de los cristianos para la infamia, sino glorificanlos para la corona. ¡Oh piés dichosamente presos, los cuales no serán desatados por el carcelero, sino por Cristo! ¡Oh piés dichosamente presos, los cuales por el camino de la salud van derechos al paraíso! ¡Oh piés atados por un poco de tiempo en el siglo, para que siempre estén libres en compañía de Cristo! ¡Oh piés detenidos con grillos, y con la ira del adversario, los cuales con gran lijereza han de correr por un camino glorioso á Cristo! Detenga la crueldad y malignidad del adversario presos vuestros cuerpos, mas vosotros muy presto volaréis destas penas de la tierra al reino del cielo. No está regalado vuestro cuerpo en esas minas con cama blanda, mas está regalado con el refrigerio y consolacion del Espíritu Sancto. Los miembros cansados con los trabajos, tienen por cama la tierra, mas no es pena dormir y reposar con Cristo. Están vuestros cuerpos afeados, y descoloridos, y cubiertos de polvo; mas lo que de fuera ensucia el cuerpo, espiritualmente lava y purifica el ánima. Es pequeña la ración de pan que ahí os dan; mas no vive el hombre con solo pan, sino con la palabra de Dios (c). Faltaos la vestidura en tiempo del frio; mas el que ha vestido ya á Cristo, abundantemente está abrigado y adornado. Están erizados los cabellos de la cabeza medio tresquilada; mas como sea Cristo la cabeza del hombre, de cualquier manera que ella esté por la gloria del, está muy hermosa. Esta fealdad y escuridad para los ojos de los gentiles, ¿con qué resplandor será recompensada? Esta pena breve del siglo, ¿con cuán esclarecida y eterna gloria será remunerada, cuando el Señor, segun dice el Apóstol (d), reformare el cuerpo de nuestra humildad, y lo hiciere semejante al cuerpo de su claridad!

Ni tampoco, muy amados hermanos, debeis tener por menoscabo de nuestra fe y religion, no tener agora los que sois sacerdotes, facultad para ofrecer y celebrar los sacrificios divinos, pues agora celebrais y ofreéis á Dios un sacrificio precioso y glorioso, por el cual se os ha de dar un grande premio. Pues, como dice el Profeta (e), sacrificio es para Dios el espíritu contribulado; y el corazón quebrantado y humillado no lo despreciará el Señor. Este sacrificio ofreéis á Dios dia y noche sin cesar, ofreciendo á vosotros mismos, como sacrificios puros y limpios. Este es aquel cáliz de salud que el Profeta (f) queria ofrecer á Dios en recompensa de los beneficios recibidos. Pues ¿quién no recibirá alegre y prontamente este cáliz de su salud? ¿Quién no deseará tener algo que pueda ofrecer á su Señor? ¿Quién no padecerá fuerte y constantemente esta muerte preciosa en su acatamiento, para agradar á los ojos de aquel que en esta batalla nos está mirando dende lo alto, ayudando á los que pelean, y coronando á los que vencen, y remunerando con piedad de padre lo que él nos dió, y honrando lo que él en nosotros obró? Todo esto, fortísimos y fidelísimos caballeros de Cristo, declarastes á vuestros hermanos, cumpliendo con las obras lo que ántes enseñastes con palabras; para que así seais grandes en la casa

(c) Matth. 4. (d) Philip. 3. (e) Psalm. 50. (f) Psalm. 115.

de aquel Señor, que dijo (g): Quien obrare y enseñare, será grande en el reino de los cielos. De aquí procedió que mucha parte del pueblo, siguiendo vuestro ejemplo, juntamente confesó, y juntamente ha sido coronada; y estando unida y abrazada con sus pastores con lazo de fortísima caridad, ni en la cárcel, ni en los metales se apartó dellos. A cuyo número se juntaron muchas vírgines: las cuales despues del fruto de sesenta (h), debido á su virginidad, acrecentaron el de ciento, debido al martirio; para que así reciban corona doblada en el cielo. Mas en los mochos que están en vuestra compañía, es la virtud mayor: la cual pasa adelante de la facultad de su edad, con la gloria de su confesion; para que todas las edades y condiciones de hombres y mujeres hermosteen esa bienaventurada grey de vuestro martirio. Pues ¿cuál será agora, amantísimos hermanos, la virtud de vuestra consciencia vencedora? ¿Cuán grande la alteza de vuestro ánimo? ¿Cuán grande el alegría de vuestros sentidos? ¿Cuál el triunfo de vuestro pecho, viéndose cada uno de vosotros abrazado con la obediencia de los mandamientos divinos, y verse ya seguro en el día del juicio? Andar entre las minas de los metales, con el cuerpo captivo, y con el espíritu reinando en el cielo?

Lo susodicho es un pedazo desta divina epístola del glorioso doctor, obispo y mártir, Cipriano. Del cual pudiera referir aquí otras epístolas suyas, escritas en semejantes propósitos, en las cuales viera el cristiano lector cuán grande gloria y hermosura está encerrada en cosas que á los ojos del mundo parecían tan feas y abatidas. Mas por evitar prolijidad no las quise escribir. Mas con todo, quien quisiere ver la alteza que está encubierta en esta bajeza, lea lo que Sant Crisóstomo escribe sobre aquellas palabras que el Apóstol escribe á los cristianos de Efeso, diciendo (i): Ruégoos, hermanos, yo, preso por el Señor, etc.; y aquí verá las grandezas que este santo doctor dice sobre esta prision, alegando que mayor cosa era ser preso por Cristo, que hacer milagros, y resucitar muertos, y mas que ser llevado al tercero cielo, y mas que estar entre los coros de los ángeles: diciendo que si no fuera por la obligacion de residir en su iglesia, no descansara hasta ir á ver estas cadenas, y abrazarlas, y besarlas. Todo esto se ha dicho para darnos ojos con que sepamos mirar, y reverenciar, y estimar las injurias y abatimientos que aquí contarémos de los santos mártires.

Sobre esto añadiré otra cosa que hace á este propósito. En tiempo del santísimo papa Gregorio (k), la emperatriz de Constantinopla le envió á pedir con mucha instancia la cabeza del apóstol Sant Pablo. Mas el religioso Pontífice le respondió que por ninguna vía despojaría á Roma de aquel tan precioso tesoro. Mas lo que haría por ella sería limar un poco de la cadena con que el glorioso Apóstol estuvo preso en tiempo de Neron, y que esto le enviaria por unas preciosas reliquias. Pues por aquí (como dije) se verá la estima en que los santos tuvieron lo que el mundo en otros tiempos tuvo por la mas abatida cosa dél. Y junto con esto se entenderá cuán gloriosa y meritoria cosa sea padecer trabajos, injurias y agravios por amor de Cristo, y cuán digna de ser, de todos los que le aman, preciada y deseada.

(g) Matth. 5. (h) Matth. 15. (i) Chrys. Hom. 8. in cap. ad Ephes. 4. (k) Lib. 5. Epist. D. Greg. Ind. 12. Epist. 50. tom. 2.

S. II.

De la prosperidad de la Iglesia con las persecuciones, y de los estragos que ocasionaron los regalos de la paz.

Demas de lo dicho tambien me pareció prevenir á los que todas las cosas miden con el provecho ó daño de los cuerpos, que cuando aquí leyeren las extrañas maneras de tormentos que los santos mártires padecieron, no se escandalicen ni espanten de ver cómo la Providencia divina no abrasaba con rayos del cielo á los que tales crueldades ejecutaban en los santos, ó cómo la tierra no se abría y los tragaba vivos, como á Datan y Abiron. Porque entendida la calidad destas pasiones, verán cuánto mayor materia tienen aquí para alabar la divina Providencia, que para quejarse della.

Para lo cual presupongamos primero, que nuestro Señor en todas sus obras generalmente pretende por una parte su gloria, y por otra el provecho de los hombres: como se ve claro en la obra de nuestra redempcion, la cual señaladamente sirvió para la gloria de Dios y para el comun remedio del género humano. Y esto declararon los ángeles, cuando nacido el Salvador cantaron: Gloria á Dios, y paz á los hombres (l). Tambien conviene presuponer que este mismo Señor, como justísimo apreciador de las cosas, mucho mas cuenta tiene con la salud y bién de las ánimas, que son inmortales y semejantes á los ángeles, que con los cuerpos, que son corruptibles y semejantes á las bestias. Lo cual, demas de otros muchos ejemplos, se ve en la providencia que tuvo de Sant Juan Baptista (m), pues santificó y enriqueció su ánima con tantas gracias aun ántes que naciese. Y con todas estas grandezas dió su cabeza por el baile de una mozueta. Y lo mismo vemos en Hieremías, que en el vientre de su madre fué santificado, y al cabo de la vida consintió que muriese apedreado.

Pues siendo esto así, y conociendo nuestro Señor cuánto mejor le iba á su Iglesia con la guerra que con la paz (porque la guerra y la persecucion, como dice Sant Crisóstomo, hacia mártires, mas la paz y la prosperidad hacia á los hombres flojos, ambiciosos y deliciosos), procuraba mas para su Iglesia lo que le convenia que lo que la dañaba. Y que esto fuese así (demas de ser esta la comun sentencia de los santos) alegaré á Eusebio, gravísimo autor (n), que como testigo de vista confirma esta misma sentencia; la cual me pareció referir en este lugar para nuestro propósito. Dice pues él así:

Ciertamente sobrepuja nuestras fuerzas declarar cuánto haya aprovechado y crecido hasta nuestros dias, y á cuán alta cumbre haya subido la palabra de Cristo, y doctrina del Evangelio, como se puede conjeturar por lo que diré. Ya los emperadores romanos concedían á los nuestros autoridad de regir las provincias, y de juzgar en diversas ciudades, y permitían á sus mujeres y á su familia, no solamente creer en Jesucristo, mas que con toda libertad y confianza viviesen en su religion. Tanto que aquellos tenían por fieles amigos, que sabían guardar lealtad á su señor y á su ley, ni sentían mal de su fe. Como fué aquel famosísimo Doroteo, camarero de los reyes, y que por la fe del Salvador era tenido por fidelísimo. Por lo cual mereció ser antepuesto á todos en honra, y amor, y privanza de los príncipes. Semejantemente el excelente caballero Gorgonio, y otros discípulos de Cristo, que en el palacio de los emperadores eran hon-

(l) Luc. 2. (m) Luc. 1. (n) Euseb. Eccl. Hist. lib. 8. cap. 1.

rados; y otros que merecian por la seguridad de su fidelidad, ser escogidos por gobernadores y presidentes de las provincias. Pues la muchedumbre de los pueblos que en las iglesias se juntaban, mayormente en los dias de fiesta, ¿quién podrá cumplidamente contar? Tanto que ya no bastaban los templos antiguos, mas cada dia se ensanchaban y se hacían mayores, conforme á las ciudades. Así por mucho tiempo el estado de las iglesias se prosperaba, y la gloria dellas volaba sobre la tierra, y pasaba todo lo criado, y á grande prisa caminaba para el soberano cielo. Ninguna envidia, ni enemistad del maldito demonio se le ponía delante; porque por la diestra del poderoso era llevada; y el pueblo cristiano lo merecia con la ayuda de Dios, así por la constancia de la fe, como por la guarda de la justicia. Pero despues que por la mucha soltura y regalo se corrompieron las costumbres, la doctrina tambien se estragó; porque envidiando unos á otros, y contradiciendo, y disfamando los grandes á los pequeños, y los pequeños á los grandes, mordiendo, y acusando, y levantando entrañables contiendas dentro de nuestros reales, enclavando con saetas de palabras los corazones de los prójimos, moviendo guerras y bandos, preladados contra preladados, y pueblos contra pueblos, mostrando amigable semblante y encubriendo engaños en el corazon, y con la lengua hermosteando halagüeñas palabras, y finalmente poco á poco creciendo el monton de los males; la divina Providencia viendo que la destruicion de su pueblo habia sido por usar mal de la paz, y de la blandura y regalo con que hasta allí los trataba, comenzó á poner arrimadizos á su Iglesia, que bambaleaba. Y permitió al principio, que perseverando todavia entero el estado de la religion cristiana, y sin menoscabo de las comunidades de las iglesias, fuesen primero que todos salteados por la persecucion de los gentiles, solos aquellos que traían hábito y ejercicio de caballería. Pero ni desta manera entendieron los pueblos la clemencia divina, ántes como si ningún conocimiento de Dios tuvieran, así pensaban que aquello no venia guiado por su mano; y á esta causa todavia perseveraban en sus males. Semejantemente los que se tenían por caudillos y adalides del pueblo, olvidados del divino mandamiento, contra sí mismos se encendían con envidias, y rancóres, y bandos, tanto que mas vivían á manera de tiranos que de sacerdotes; y menospreciando la devocion y puridad cristiana, celebraban los sagrados misterios con ánimos aseglarados. Todo lo susodicho es de Eusebio. Despues de lo cual comienza á recontar la persecucion de Diocleciano y Maximiano, emperadores; la cual permitió nuestro Señor para remedio del daño que la prosperidad y la paz larga habian causado. Lo cual he referido aquí, para que se vea que mas claramente resplandece la divina Providencia en los azotes y castigos, que en las prosperidades y regalos; y que no es esto cosa nueva en él, sino muy usada. Y así dice él por Sant Juan (o): Yo á los que amo reprehendo y castigo. Y por Amós, profeta, hablando con su pueblo, dice (p): A solos vosotros conozco entre todas las gentes; y por esto tengo de visitaros con el castigo de vuestros pecados.

Servía tambien esta persecucion para gloria de los mismos mártires, los cuales con una hora, ó un dia de trabajo, ganaban una eternidad de descanso, y una especial corona de martirio, y una altísima silla entre los

(o) Apoc. 5. (p) Amos 5.

coros de los ángeles; porque así como llegaron á lo último que se podia hacer por la gloria de su Criador, que es perder la vida, así les dará él en su palacio real un altísimo y nobilísimo lugar; y así como ellos fueron leales á Dios en estar tan constantes en la confesion de su nombre, así él lo será mucho mas en la grandeza del galardón que les dará. La gloria dellos cuenta Sant Juan en el libro de su revelacion (q), diciendo, que vió una compañía de gentes de todas las naciones y linajes del mundo, la cual era tan grande, que nadie la pudiera contar; las cuales estaban en presencia del trono de Dios y de su Cordero, vestidos de ropas blancas, y con palmas en las manos cantando loores de Dios. Y uno de aquellos veinte y cuatro ancianos, que asisten ante el trono de Dios, me preguntó: Estos que ves aquí vestidos de ropas blancas ¿quién son, y de dónde vinieron? Yo le respondí: Señor mio, vos lo sabeis. Estos, dijo él, son los que pasaron por una grande tribulacion, y lavaron sus vestiduras, y blanqueáronlas con la sangre del Cordero. Y por eso están ante el trono de Dios, y le sirven dia y noche en su templo; y el que está asentado en el trono mora en ellos. Y ya de aquí adelante no padecerán mas hambre, ni sed, ni los afligirá el ardor del sol, y del estío. Porque el Cordero que está en medio del trono los ha de regir, y llevar á beber de las fuentes de las aguas de vida, y él enjugará todas las lágrimas de sus ojos. Todo esto es de Sant Juan. Véase pues por aquí, si se pueden llamar á engaño los santos mártires, pues con tan breves trabajos merecieron una tan grande gloria, que el Cordero de Dios (que es el Señor de todo lo criado), como piadosa madre enjugase las lágrimas de sus ojos, y por un breve trabajo les diese eterno descanso en lo mas bién parado de su reino.

S. III.

De cómo el martirio es la obra con que mas es glorificada de sus criaturas la excelencia divina.

Mas cuán glorificado haya Dios sido con las victorias y triunfos destes gloriosos mártires, ¿quién lo podrá explicar? Porque muchas maneras hay con que las criaturas glorifican y alaban á su Criador: de las cuales adelante trataremos mas copiosamente entre los frutos del árbol de la Cruz. Mas agora decimos brevemente, que unos glorifican á Dios con salmos y voces de alabanza, otros con la pureza de la vida, otros con ofrecerse á trabajos y peligros virtuosos, confiados en su bondad y providencia, otros con padecer persecuciones del mundo por su gloria, y otros de otras maneras. Mas la mas alta manera de glorificarle es, padeciendo muerte por su servicio, mayormente cuando la muerte es prolija, y ejecutada con crueles tormentos; porque esto no es ya padecer una sola muerte, sino muchas, de la manera que los santos mártires las padecían, como adelante veremos. Y que esto sea glorificar á Dios, significó el evangelista Sant Juan (r), cuando el morir Sant Pedro en cruz, llamó glorificar á Dios, y seguir á Cristo, siendo grande gloria seguir al Señor, como el Eclesiástico dice (s). Pues segun esto no hay caudal en toda la naturaleza humana, ayudada con la gracia, para honrar mas á su Criador que mostrar no por palabra sino por la obra ser tan grande su majestad, y bondad y su gloria, que quiera su fiel siervo padecer todos los tormentos que la furia de los hombres y de los demonios

(q) Apoc. 7. (r) Joann. ult. (s) Eccli. 25.

podieron inventar, ántes que decir ó hacer alguna cosa contra su servicio. ¿Qué mayor fe? ¿Qué mayor fortaleza? ¿Qué mayor lealtad se puede pedir á una criatura de carne que esta? ¿Adónde puede subir mas toda la facultad de la naturaleza humana, ayudada con todos los socorros de la gracia? ¿Qué tiene el hombre mas que ofrecer á Dios que la vida, y esta ofrecida con tales tormentos? Y si es verdad, como lo es, que todos los buenos son aquellas plantas de Esaías (t), las cuales con la hermosura de sus virtudes nos convidan á glorificar á Dios, ¿cuánto mas lo glorificarán estos árboles cultivados y regados con la sangre de sus mártires?

Es tambien por otra manera glorificado Dios con esta sangre, porque él les dió aquella constancia y fortaleza invencible con que perseveraron tan leales y fieles hasta la muerte. Y esto es lo que Sant Juan nos significó en la autoridad alegada, cuando dijo (v), que los mártires habian parado blancas sus vestiduras con la sangre del Cordero. Porque por el mérito de aquella preciosa sangre se les dió aquella tan grande firmeza y constancia, con la cual burlasen de los tiranos, despreciasen sus amenazas, y escarneciesen de todas las máquinas de sus tormentos. De manera que así la fortaleza y mérito del padecer, comola corona de la pasión, se debe á aquel inocentísimo Cordero, que nos mereció lo uno y lo otro. ¡Oh quién tuviese palabras para explicar cuán grande sea la gloria del poder, y de la bondad, y de la providencia de Dios, que en esta obra resplandece! Los cielos, dice David (x), predicán la gloria de Dios con la grandeza de sus virtudes y hermosura. Mas ¿qué le costó á Dios esta obra? Así esta como todas las otras no le costaron mas que lo que dice el Profeta (y): *Ipsa dixit, et facta sunt*. No le costó mas que decir, y hacerse todo lo que él quisiese, sin que hubiese cosa que le contradijese, ó resistiese. Mas aquí, ¿cuántas cosas le resistían! Cuántas peleaban contra él! Peleaban los tiranos, peleaban los demonios, peleaban mil maneras de tormentos, resistía la flaqueza de nuestra carne, la cual aun en Cristo temió la muerte; resistía toda la potencia del amor propio; peleaban todas las fuerzas de la naturaleza; peleaba y resistía la complexion del hombre, que es la mas sensible y mas enemiga del dolor de cuantas otras hay (por donde ha acaecido muchas veces los hombres confesar la culpa de muerte que no cometieron por excusar el dolor de los tormentos, teniendo por menor mal la muerte que la violencia del dolor). Pues ¿cuán grande gloria del poder de la divina gracia fué, hacer que tantos millares de hombres, de mujeres, de viejos, de mozos, y de doncellas tiernas y delicadas sufriesen tan extraños tormentos, y esto con tanta fortaleza, con tanta alegría, con tanto esfuerzo, que confundiesen á los tiranos y cansasen á los verdugos, y ellos no solo no se cansasen de penar, mas ántes sufriesen los tormentos con grande gloria y ufanía, como personas que tanto mas cerca tenían la corona, cuanto mayores tormentos padecían! Y así muchos dellos (como dice Hilario) (z) daban gracias por sus azotes, otros se gloriabán en sus cadenas y cárceles, otros ofrecían alegremente sus dichosas cabezas al cuchillo; muchos dellos saltaban en las hogueras que para ellos estaban encendidas, y temblando los ministros de la maldad, ellos con un religioso apresuramiento se arrojaban en las llamas; y otros hubo que siendo mandados echar en las aguas para ser ahogados,

(t) Esai. 61. (v) Ubi sup. (x) Psalm. 18. (y) Psalm. 148.
(z) 2. Cor. 7. Philip. 1.

iban á ellas no como á aguas de muerte, sino de refrigerio saludable, ofreciendo en sus cuerpos al Criador (como dice Basilio) otra nueva manera de holocausto, no por fuego, sino por agua. Cosa es esta de que aquel santo Profeta quedaba espantado y atónito, cuando hablando con Dios, y viendo figurada esta maravilla en el paso de los hijos de Israel por el mar Bermejo, decía (a): Abrieste Señor, en la mar camino á tus caballos en medio de las muchas aguas; y cuando yo esto oí, me temblaron las carnes, y con esta voz se estremecieron los labios de mi boca. Palabras son estas de quien tenia espíritu de Dios, para saber estimar esta admirable virtud y fortaleza, que aquel omnipotente y misericordioso Señor dió á sus fieles caballeros, los cuales en medio del mar amargo de sus persecuciones hallaron camino seguro, y en medio de las muchas aguas de las tribulaciones se les descubrió la tierra seca por do pasasen á pié enjuto, y sin peligro; pues (como se escribe en los Cantares) (b) las muchas aguas no pudieron apagar en ellos la llama de la caridad, ni las crecientes de los ríos la pudieron cubrir. Admirable fué el poder de Dios, cuando pasó los hijos de Israel por las aguas del mar Bermejo sin peligro; y no ménos lo fué, cuando dió virtud á los santos mártires para pasar por medio de las aguas de tantas tribulaciones sin desmayo, y sin pecado. Aquello hizo él una sola vez; mas esto hizo con todos los santos mártires, que no son ménos que las estrellas del cielo. Pues ¿quién pudiera acabar esta tan grande obra, sino Dios? ¿Quién pudiera á una carne tan flaca dar fortaleza para vencer tan grandes batallas, sino el brazo de Dios? Estaban atónitos los que presentes se hallaban, y con ser enemigos se compadecían de ver lo que las santas vírgines padecían; porque la grandeza de los tormentos vencia la dureza de sus corazones, y convertía su furor en compasion. Pues esta fué singular gloria de Dios, pelear contra todo el poder del mundo y del infierno con instrumentos tan flacos, tan delicados y tan sensibles, y vencer y triunfar de toda esta potencia con ellos. Pues ¿cuán grande gloria fué esta deste Señor, ayudar él tan poderosamente á sus fieles siervos, y defender ellos con tanta fidelidad la gloria de su Señor? Yo confieso, que todos aquellos espíritus soberanos de ángeles, y querubines, y serafines glorifican á Dios con la excelencia de su naturaleza, y con el resplandor de la gracia y gloria que les fué dada, y con la obra por donde la merecieron; mas no le glorifican de la manera que los santos mártires, con la pasión de sus cuerpos, porque no los tienen. Alaba Plutarco á Alejandro Magno, sobre todos los otros monarcas del mundo, diciendo, que los otros nacieron monarcas, mas este ganó la monarquía con su lanza, y con muchas heridas que en diversas batallas recibió. Lo mismo en cierta manera podemos decir de los santos ángeles: los cuales fueron criados en el cielo Empíreo con aquella noble naturaleza y gracia que les fué dada; y poco les costó la gloria de que para siempre gozan. Mas los santos mártires ¿con cuántas heridas, con cuántos géneros de tormentos, unos sobre otros repetidos, la ganaron? Por donde aquellos cantan y predicán la gloria del Señor con la hermosura de la naturaleza y gracia que les dieron, mas estos con las heridas que en sus cuerpos por la gloria de su Señor recibieron. Esto nos declara Sant Juan en su revelacion (c) cuando dice, que oyó una voz en el cielo como de un grande trueno, y como voz de muchas aguas, y

(a) Habac. 3. (b) Cant. 8. (c) Apoc. 14.

como voz de tañedores que tañían en sus vihuelas. Pues ¿cómo concuerdan entre sí estas tres maneras de voces, de grande trueno, y de muchas aguas, y de música suave de vihuelas? Todo esto es místico, todo espiritual. Pues por este tan grande trueno se entiende la predicacion del Evangelio, que sonó por todo el mundo, como lo significó Esaías cuando dijo (d): En los últimos fines de la tierra oímos las alabanzas y la gloria del Justo, que es Cristo, autor de nuestra justicia. Y por las muchas aguas, entendemos las grandes tribulaciones y tempestades que los santos apóstoles y mártires padecieron por esta predicacion. Mas por la música de vihuela en que estos santos mártires tañían, entendemos la gloria y las alabanzas que ellos daban á su Criador con la pasión de sus cuerpos. Porque en la vihuela están las cuerdas que hacen la música depuradas de todo humor, y retorcidas y estiradas en ella, y desta manera sirven para la música. Pues esto mismo vemos en los santos mártires: los cuales, despedido de sí todo el amor y afición de las cosas terrenas y de su misma vida, fueron torcidos y afligidos con diversos tormentos. Porque los cuerpos destes santos tendidos en las parrillas, y crucificados, y estirados en los maderos, ¿qué eran sino cuerdas de estas vihuelas, que hacían una música suavísima en los oídos de Dios? Pues en estas vihuelas tañen y cantan eternalmente los santos mártires cantares de alabanza á su Criador, predicando su gloria, y el poder de su gracia con la cual vencieron tan grandes batallas por su amor.

§. IV.

De cómo se manifestó la gloria de Dios en los santos mártires con los prodigios y milagros que obró por ellos.

Resplandece tambien aquí la gloria de la bondad y providencia divina por otra manera maravillosa. Porque demas de la fortaleza interior de la gracia con que este Señor ayudaba á sus siervos, ayudábalos tambien con otros socorros, y ayudas, y favores exteriores. Porque unas veces apagaba las llamas del fuego, como lo hizo con Sancta Lucía; otras curaba en la cárcel sus llagas, como lo hizo con Sancta Margarita y Sancta Agueda; otras los visitaba en la cárcel, como lo hizo con Sancta Catalina, mártir; otras los mandaba consolar con ángeles y con cantares muy suaves, como lo hizo con Sant Vicente; otras soltaba las cadenas con que estaban presos, como lo hizo con Sant Pablo y con su compañero Silas; otras los confirmaba mas en la fe con los milagros que por ellos obraba, como lo hizo con Sant Lorenzo (que estando preso daba lumbre á los ciegos); otras consolaba con la conversion de muchos, que por virtud destas y otras maravillas se convertían á la fe, y padecían martirio juntamente con ellos, como se escribe de aquellos cincuenta oradores, que se convirtieron á la fe por la doctrina de Sancta Catalina, y padecieron martirio por ella. Y de todos estos ejemplos hay muchos, aunque no hice aquí mencion mas que de solos estos. Otras muchas veces amansaba los leones y bestias fieras para que no tocasen en sus siervos. De lo cual contaré aquí un memorable ejemplo, que no podrá dejar de causar mucha devocion y admiracion á quien lo leyere, considerando este regalo y favor de la divina Providencia de que vamos hablando: el cual cuenta Eusebio en su historia, como testigo de vista que presente se halló. Sus palabras son estas (e):

(d) Esai. 24. (e) Euseb. Eccl. Hist. lib. 8. cap. 5.

Yo agora no cuento lo que oí, sino lo que vi con mis ojos. Buscaban los tiranos nuevas artes de tormentos que sucediesen unos á otros: primero rasgaban con peines de hierro sus cuerpos; despues echábanlos á las bestias, azomándoles los leones, y osos, y onzas, y otras muchas fieras, puercos monteses, y otros, agarrochándolos primero, y hiriéndolos con fuego para acrecentarles la fiereza. Todas estas municiones se aparejaban contra la fortaleza de los siervos de Dios, y con crueldad se armaban para sus penas los hombres, los brutos animales y los elementos. Entónces desnudaban á los honrados del Señor en medio del palenque, amenazando á las fieras, y encruelciéndolas con mil artes dentro de sus cuevas, y así salían rabiosas, y súbitamente hinchian el coso, y ceñían en derredor el sagrado coro de los mártires, que en medio estaban cercándolos de una parte y de otra. Pero andando muchas veces al derredor dellos olieron la virtud divina presente, y humillándose se apartaron de sus venerables cuerpos. Mas el furor que se amansó á las fieras, se dobló á los hombres. Ninguno dellos conoció el socorro del Soberano, y ninguno creyó que les favorecía la diestra del Poderoso; mas enviaron á las bestias hombres diestros en embravecerlas, pero ellas (porque viesan que no les faltaba osadía ni fuerzas, sino que el poder de Dios amparaba sus siervos) con increíble lijereza despedazaron aquellos que iban á hacerlas feroces. Y no quedando ya oficial que osase ir á ellas, mandaron á los mismos mártires, que con sus manos les hiciesen cocos, y las incitasen á venir contra sí mismos; mas ni aun esto las movía de su lugar, ántes si alguna iba hácia ellos, en llegando al mas cercano, luego daba la vuelta. Los que presentes estaban hubieron grande espanto, viendo que los hombres desnudos (entre los cuales eran muchos de tierna edad) en medio de tantos y tan fieros animales estaban sin temer ni temblor, levantadas al cielo las manos, y los ojos, y el corazon puesto en Dios, menospreciando, no solamente todo lo temporal, mas su misma carne; y temblando sus mismos jueces de espanto, estaban ellos alegres y con sereno rostro en presencia de tantas fieras. Mas ¡oh duras y atónitas ánimas de hombres! Que la ferocidad de las bestias por la virtud de Dios se entenece, y la rabia humana avergonzada de los brutos animales no se aplaca! Hicieron experiencia de otros delincuentes gentiles, echándolos á las bestias: los cuales en pareciendo delante dellas, fueron despedazados, unos por los leones, otros por los osos, otros por las onzas, otros echados en los aires con los cuernos de los toros; ni aun despues de así encarnizadas las fieras, osaban llegar á los siervos de Dios, á quien la virtud soberana cercaba con muro fortísimo, cumpliendo la palabra que él habia dicho (f): Do se hallaren dos ó tres de vosotros juntos en mi nombre, estaré en medio dellos. Viendo la crueldad rabiosa salir en vano todos sus ardidés, trocaron las fieras, haciendo salir otras de refresco. Y como quier que tampoco estas diesen molestia á los santos, finalmente soltaron los rabiosos hombres mas crueles que tigres, y con sus espadas acabaron lo que las fieras no quisieron comenzar. Esta dulcísima historia refiere Eusebio, en la cual podrá ver el piadoso lector cuán grande sería la consolacion destes gloriosos mártires, cuando considerasen este tan gran favor y regalo de la divina Providencia para con ellos. De aquellos tres mozos que mandó

(f) Matth. 18.

Nabucodonosor echar en el horno de fuego (g), porque no quisieron adorar su estatua, se escribe que como el fuego no les hiciese algun daño, inflamados sus corazones con otro mayor fuego de amor de aquel Señor que así los había amparado, comenzaron á entonar aquel cántico, que comienza: *Benedicite omnia opera Domini Domino (h)*: en el cual convidan á todas las criaturas del cielo y de la tierra, y del aire, á que juntamente con ellos alaben aquel Señor, que así tuvo por bien socorrer á sus fieles siervos. Pues ¿qué ménos harían estos santos mártires, viéndose cercados de tantas fieras, sin recibir molestia dellas? ¿Qué gracias, qué alabanzas y bendiciones darían al Señor, que así los defendió y favoreció en esta batalla? Y ¿cuán de buena gana ofrecerían las cervices al cuchillo por tal Señor, mayormente esperando luego tras del cuchillo la corona, que casi ya tenían en las manos?

Pudiera también referir aquí otros favores semejantes que hacía el Señor á sus mártires, y especialmente á las vírgines de que arriba hecimos mención para confirmación desta verdad.

CAPITULO XVII.

De la décimacuarta excelencia de la fe y religion cristiana, que es haber sido confirmada con el testimonio de innumerables mártires.

Presupuesto el preámbulo, síguese que tratemos de la victoria maravillosa de los santos mártires, y del testimonio que con ella nos dieron de la fe católica. Para tratar desta materia conviene traer á la memoria aquellas dos espirituales ciudades que Sant Augustin describe en los libros de la Ciudad de Dios (a): que son Hierusalem y Babilonia; cuyos moradores, y caudillos, y oficios son muy diferentes. Porque los moradores de Hierusalem son todos los buenos; mas los de Babilonia todos los malos. El caudillo de los unos es Cristo, y de los otros es el demonio. Aquella ciudad edifica el amor de Dios, que llega al desprecio de sí mismo; mas esta edifica el amor propio, cuando llega á despreciar á Dios por amor de sí. Los moradores destas dos ciudades tienen perpetua guerra unos con otros. Porque, como dice Salomon (b), abominan los justos al hombre malo, y abominan los malos al hombre bueno. Asimismo el Eclesiástico dice (c): Contra el mal el bien; y contra la vida la muerte: así al varon justo es contrario el pecador. Y esta guerra no es nueva, porque comenzó con el mismo mundo, cuando mató Cain á su hermano Abel (d), no por otra causa sino, como dice Sant Juan (e), porque las obras de Abel eran buenas y las de Cain malas.

Pues cada una destas ciudades tiene sus combatientes y defensores. Contra la ciudad de Babilonia pelea Cristo con los suyos; mas contra Hierusalem el príncipe deste mundo con todos sus aliados. En la una parte pelea el espíritu, en la otra la carne, pretendiendo derribar y ahogar el espíritu. La joya por que una parte pelea es la gloria de Dios; y el fin porque la otra guerra es el interés del amor propio, despreciada la gloria de Dios.

Pues como el principado desta ciudad de Babilonia fuese tan contrario y tan injurioso á la gloria de Dios, y estuviere tan extendido por toda la redondez de la tierra (donde el verdadero Dios estaba olvidado y el príncipe

(g) Dan. 3. (h) Ibidem. (a) Aug. de Civ. Del. lib. 15. c. 1. et 2. et lib. 18. c. 18. tom. 5. It. in Psalm. 64. tom. 8. etc. (b) Prov. 29. (c) Ecl. 33. (d) Gen. 4. (e) 1. Joan. 3.

deste mundo en su lugar adorado), indignándose el Hijo de Dios por la injuria de su padre, y compadeciéndose de la ceguedad de los hombres, vino á este mundo á pelear con esta bestia fiera y desterralla dél. Esto es lo que todos los padres antiguos continuamente le pedían. Porque esto deseaba David (f) cuando pedía que este potentísimo Señor se ciñese su espada y la pusiese sobre el muslo para pelear con este enemigo. Esto mismo pedía Esaías cuando decía (g): Levántate, levántate y vistete de fortaleza, brazo del Señor; levántate, como en los días antiguos y en las generaciones de los siglos. ¿Por ventura no eres tú el que heriste al soberbio y llagaste al dragon? En las cuales palabras el Profeta pide al Salvador, que así como al principio de la creación de las cosas derribó á Lucifer del cielo, así agora lo destierre del mundo que tiene tirannizado. Y esta victoria denunció el mismo Profeta (h), cuando hablando de las obras deste Señor dijo, que venía á predicar al mundo un año de jubileo y un día de venganza: el jubileo para los pecadores, y el día de venganza para los demonios que traían engañados los hombres. Y este mismo día de venganza y de victoria prometió el mismo Señor poco ántes de su pasión cuando dijo (i): Agora ha de ser juzgado y sentenciado el mundo; agora el príncipe deste mundo ha de ser echado fuera dél. Y si yo fuere levantado sobre la tierra, esto es, puesto en la cruz, todas las cosas traeré á mí. Y esto mismo vió en espíritu Sant Juan en el Apocalipsi (k), donde dice que vió descender del cielo un ángel, el cual tenía la llave del abismo, y traía una gran cadena en su mano, y con ella prendió al dragon, serpiente antigua que es el diablo y Satanás, y lo encerró en el abismo y selló la puerta dél para que no engañase mas las gentes. Pues este ángel es Cristo nuestro Salvador segun la naturaleza humana; el cual, por virtud de su gracia, y por medio de sus apóstoles y varones apóstólicos desterró esta fiera del mundo, para que no fuese mas adorada, como hasta entónces lo había sido.

Mas veamos agora qué soldados escogieron estos dos capitanes para esta batalla, y con qué género de armas armó cada uno á los suyos. Pues Cristo primeramente escogió para esta conquista unos rudos, y pobres y ignorantes pescadores, hombres sin letras, sin nobleza, sin elocuencia y sin otra valía humana. Y á estos armó él, no con armas de hierro, sino con el favor y gracia del Espíritu Sancto, y de todas las virtudes, y señaladamente con aquellas tres mas principales que miran y honran á Dios, que son fe, esperanza y caridad; mas estas no en grado remiso, sino perfecto; no como las tienen los principiantes, sino como las poseen los perfectos. Lo cual conviene que declaremos en este lugar.

Pues para entendimiento desto es de saber, que la inmensa bondad de nuestro Señor, de tal manera trata en esta vida á sus familiares amigos (cuando los ve ya destetados del mundo y descarnados de toda carne, y hechos hombres espirituales y divinos), que les da una cata de aquel vino celestial, y unas como primicias de aquellos bienes eternos, de que para siempre han de gozar, como arriba declaramos. Porque en esta moneda paga él ciento por uno en este mundo, como lo promete en su Evangelio (l), haciendo mercedes y dando grandes consolaciones á los que por su amor renunciaron todas las consolaciones del mundo. Pues conforme á esto digo,

(f) Psalm. 44. (g) Esaf. 51. (h) Esaf. 61. (i) Joan. 12. (k) Apoc. 20. (l) Matth. 19.

que estas tres virtudes, que llamamos teologales, tienen sus propios galardones en el cielo. Porque á la fe se dará en premio la clara vision, y á la esperanza la posesion, y á la caridad la fruicion y gozo del summo bien. Pues este especial favor hace nuestro Señor á los varones perfectos en esta vida, que vengan á participar una semejanza de la gloria que á estas tres virtudes se ha de dar en la otra. Porque la fe en los tales llega á estar no solo fortificada, sino esclarecida con los dones del Espíritu Sancto, del tal modo, que á muchos de ellos parece que no creen sino que ven la verdad de los misterios de la fe. Asimismo tienen tan firme, tan viva y tan segura la esperanza de la gloria, que les parece que ya la tienen en las manos. Y estos son de quien communmente se dice que tienen la muerte en deseo y la vida en paciencia por la firmeza desta esperanza: la cual en algunos era tan grande, que prometían favores á otros cuando se viesen en el cielo, como se escribe de nuestro padre Sancto Domingo. Pues la caridad, que es la reina de las virtudes, tienen estos tan abrasada y encendida, que arden en amor de Dios; y gozan á veces de tan grandes alegrías que no hay palabras para las explicar. Porque estas corresponden al premio que se da á la caridad, que es la fruicion del mismo Dios. Y de aquí les nace un tan gran deseo de agradar á un Señor que tan amable y tan suave se les ha mostrado, que desean padecer mil géneros de tormentos por él. Y así de muchos mártires se escribe, que ellos mismos, tocados deste divino fuego, voluntariamente sin ser buscados se ofrecían al martirio, como adelante veremos.

Pues tornando al propósito, estas eran las armas con que nuestro capitán armó sus caballeros, para pelear con los principados y poderes del mundo, con fe tan esforzada y clarificada, con esperanza tan segura y tan confiada, y con caridad tan encendida y abrasada, como está dicho. Confirmados pues con estas tres virtudes sabian certísimamente que acabada la postrera boqueada, y acabando de correr los filos de la espada por la garganta, en ese mismo instante, sin mas dilacion, habían de ver y gozar de aquella infinita hermosura que tanto amaron, y que sus ánimas habían luego de ser llevadas por los santos ángeles con coronas de martirio á ser colocadas entre los coros de los santos, donde para siempre gozarian de deleites eternos, y de bienes que ni ojos vieron, ni oídos oyeron, ni en corazón humano pudieron haber. Pues con tales armas ¿quién no se esforzara? Quién no se animara? Quién no peleara alegremente contra todo el poder del mundo?

§. I.

Calidad y armas de los soldados con que se peleó en esta guerra.

Agora veamos cuáles fueron los soldados, y cuáles las armas con que el príncipe deste mundo peleó contra el ejército y reino de Cristo. Esto nos representa Sant Juan en una maravillosa vision que él relata en su Apocalipsi, en la cual (resumiéndola en pocas palabras) dice (m): Que apareció una gran señal en el cielo, que fué una mujer vestida del sol, con la luna debajo de los piés, y con una corona de doce estrellas en la cabeza; la cual padecía grandes dolores por parir, y apareció otra señal en el cielo, que fué un dragon grande y rojo, con diez cuernos y siete cabezas. Y este dragon estaba delante de la mujer, para tragar el hijo que pariese; y ella parió un hijo varon, el cual había de regir las gentes con

(m) Apoc. 12.

vara de hierro. Esta mujer que aquí pinta Sant Juan todos sabemos que es la Iglesia; y estar ella vestida del sol (que es Cristo, sol de justicia) nos representa estar ella adornada, hermoçada y enriquecida con los méritos y gracia de Cristo, y inflamada en su amor. Desta manera de vestidura hace mención el Apóstol (n) cuando dice: Todos los que habeis sido bautizados estáis vestidos de Cristo. Tener esta mujer la luna (que es tan mudable) debajo los piés, nos representa el desprecio que los santos tienen de todas las cosas desta vida, que son mas mudables y mas inconstantes que la misma luna. La corona adornada con doce estrellas, es la gloria que tiene la Iglesia de haber sido fundada con la doctrina de los doce apóstoles; los cuales recibieron primero que todos las primicias de la gracia, y bebieron de la misma fuente de vida. Los dolores grandes que esta mujer tenía por parir, nos representan los grandes deseos que la Iglesia tenía de dilatar la fe por todo el mundo, y de engendrar hijos espirituales á Cristo su esposo. El dragon grande y rojo que estaba para tragar el hijo que la mujer pariese, es el demonio, príncipe deste mundo, cuyo color dice que era rojo, para significar la sangre de los mártires, que él por medio de sus ministros había derramado. Los diez cuernos que tenía en la cabeza, fueron diez emperadores romanos, que precedieron ántes del imperio del cristianismo Constantino; por los cuales levantó el dragon las diez persecuciones que communmente se cuentan de la Iglesia. Las siete cabezas significan otra manera de persecuciones de astutísimos herejes, por cuyo medio el dragon levantó otras persecuciones mayores que las pasadas, con las artes y astucias destes herejes. Decir que este dragon estaba la boca abierta, esperando tragar el hijo que la mujer pariese, nos representa el furor y ardor que aquel dragon infernal tenía de extinguir y desterrar del mundo el nombre de Cristo.

Pues por esta figura primeramente se entenderá cuáles eran los soldados de que el demonio se sirvió para hacer guerra al reino de Cristo: que fueron por una parte los emperadores y monarcas del mundo, y por otra los astutísimos herejes, que le hacían guerra mas cruel; porque la persecucion de los unos principalmente tiraba á los cuerpos; mas la otra con astucias de argumentos hacia mas cruel guerra á las ánimas; y así la una hacia mártires, la otra herejes.

Las armas con que el dragon armaba estos tiranos, eran engaños y mentiras: que son las armas propias deste padre de la mentira, con las cuales venció los dos primeros hombres del mundo. Porque hacia creer á los emperadores que aquellos ídolos eran verdaderos dioses, y que con su favor habían señoreado el mundo, y con él habían de conservar este señorío; y que faltando este culto dellos se perdería. Y porque esta religion de Cristo con todas sus fuerzas destruía, y condenaba, y escupía estos sus dioses, conservadores (como ellos imaginaban) de su imperio, encruelciábase en tanto grado contra ella, que todo su estudio y ingenio, y todas sus artes y fuerzas empleaban en desterrarla del mundo. Y con esto pensaban vengar las injurias de sus dioses, y aplacarlos y alcanzar dellos no solo la conservación de su imperio, sino la salud, y la prosperidad y abundancia de los bienes temporales. Y así en las leyes perversísimas que hizo Maximino escribir en tablas de metal contra los

(n) Galat. 3.